

portado en ella como un héroe, pues le alienta la esperanza de obtener la mano de Clara, que no se ha casado todavía. Así es que, al hacer al rey D. Enrique relación de la campaña, pondera el Maestre el valor de sus Capitanes Tello de Mendoza, Fortún Páez y Fernando Girón; pero á quien tributa los mayores elogios es á Macías:

. desde que me ceñí
La espada, puedo jurar
Que no he visto pelear
Más bien que á este hidalgo ví,
Recién venido á servirme
De Castilla, porque creo
Que no he visto en cuanto veo
Hombre tan valiente y firme,
Tan gallardo y alentado;
Tanto, que á decir me atrevo
Que la victoria le debo.

El rey dice entonces á Macías que pida alguna merced; éste le habla aparte, y haciendo una elocuente pintura de su amor, concluye con rogarle que mande al Maestre le dé por mujer á Clara. El rey lo manifiesta así al Maestre, quien responde que la Condesa la había dado á su camarero, constando ya así por escrito; pero que si el Soberano lo ordenaba, impediría ese enlace. D. Enrique no se atreve á dar un paso que le haría culpado para con Dios, y al declarar á Macías la imposibilidad de tal unión, le concede como premio la cruz de Santiago.

Entretanto se hacen los preparativos de la boda. Clara, que seguramente no está enamorada de Te-

llo, se muestra, sin embargo, agradecida á la elección y á los obsequios de la Condesa, y en el momento de ir á escribir á sus padres, noticiándoles su matrimonio, aparece Macías, y tiene con ella el siguiente diálogo:

MACÍAS.

¿Puedo darte el parabién
De tu dicha y de mi muerte,
Clara hermosa?

CLARA.

Pienso yo
Que mi dicha lo merece.

MACÍAS.

Que lo merece tu dicha,
¿Quién puede haber que lo niegue?
Que mi muerte lo merezca
Es lo que extraño parece.

Cuéntale en seguida lo que había pasado con el rey y prosigue en estos términos:

No sé cómo hable contigo,
Porque fué necesidad siempre
Hablarles en cosas tristes
A los que viven alegres.
Casarte tú y morir yo
Son cosas tan diferentes,
Que no puede concertallas
Ni quien vive ni quien muere.
Pero en tu bien y en mi mal
Una cosa solamente
Puede caber, y no quiero
Que ser esperanza pienses;
Que no soy tan descortés.

CLARA.

Pues, ¿qué será lo que quieres
Siendo cosa tan honesta?

MACÍAS.

Que te dé lastima el verme.

CLARA.

¿No quieres más?

MACÍAS.

No, por Dios;
Que pedirte que te pese
Fuera gran descompostura.

CLARA.

Pues, hidalgo noble, advierte,
No sólo me has dado pena
De la que amándome tienes;
Pero, á no estar ya casada,
Fuera tuya eternamente.
Esto sin que haya esperanza
Ni atrevimiento que llegue
A pasar tu amor de aquí;
Porque el día que esto fuere,
Yo propia diré á mi esposo,
Honrado como valiente,
Que te quitase la vida.

MACÍAS.

No hayas miedo que yo deje
De amarte.

CLARA.

¿Cómo?

MACÍAS.

No más
De amarte sin ofenderte.

No puedè darse mayor delicadeza, más ternura, más abnegación ni sacrificio más ideal y puro, que el de Macías; mientras Clara, sin comprometer su honestidad y su decoro, deja adivinar, al través de la pena que le causa su infortunado amante, un sentimiento más íntimo, que á no ser por la barrera insuperable que los divide, correspondería francamente á la pasión de que es objeto. A pesar de eso, y dejándolo entender en su significativo silencio, consiente en ser amada, pagando el culto que se le tributa con una simpatía, determinada al mismo tiempo por la gratitud, por la compasión y por el mismo obstáculo que se interpone. En suma, Clara, en el papel poco importante que representa, sin embargo de ser el personaje central de la pieza, se destaca como la figura bellísima de la resignación á un deber aceptado sin repugnancia, pero sin pasión, pues aunque no lo diga ni mucho menos rebaje su dignidad en lo más leve, el espectador comprende que el sentimiento que dormita en aquella alma de virgen, vuela sin que ella misma lo perciba lejos del hombre á quien está destinada, si bien no podría definir con claridad su alcance, en la misteriosa vaguedad que le envuelve. Desarrollar con tal acierto situación tan excepcional y difícil, sólo es dado á un genio que reúne en sí las cualidades de gran poeta y psicólogo profundísimo.

Los sucesos siguen encadenándose con rigor inflexible; el matrimonio de Tello y Clara se efectúa, y para hacer más honda la pena del desventurado amante, se le manda que acompañe á su feliz rival.

No pasa la ceremonia á la vista del público; pero la descripción que de ella hace Macías, y sobre todo la pintura de lo que sufrió en aquel trance decisivo, da lugar á una escena bellísima, que es quizá la mejor del drama por la verdad del sentimiento y por la sencillez y viveza del colorido. Supónese que no concluye aún la fiesta del desposorio, cuando Macías sale dando muestras de una terrible agitación, y encuentra á Nuño, á quien confía el enorme peso de sus dolores.

NUÑO.

¿Qué descompostura es esta?
¿Tienes seso?

MACÍAS.

Helo perdido
Con lo que he visto y oído.

NUÑO.

Bien claro se manifiesta.
¿Para qué entraste en la fiesta
Si lo habías de sentir?

MACÍAS.

Si me vienen á decir
Que al novio, Nuño, acompañe,
Cuando más me desengañe,
¿Puedo dejar de morir?
En la noche confiado,

Que, en fin, encubre mejor
Cualquier efecto de amor,
Entré con el desposado.
Llevaba el color mudado,
Como quien va á desafío;
Y el corazón, aunque el brío,
De tantas penas desecho,
Tan descortés en el pecho
Como si no fuera mío.

Llegué, volví atrás, temblé,
Paró el pie la confusión;
Pero luego el corazón
Hizo el oficio del pie.
Miré, perdíme, lloré,
Y de suerte vine á estar,
Que andaban para buscar
Consejos, donde hay tan pocos,
Todos los sentidos locos,
Sin conocer su lugar.

Parecióme que no vía
Lo mismo que viendo estaba;
Sin oír lo que escuchaba
Lo que imaginaba oía.
¿No has visto un fuego? así ardía
La casa del alma, y luego
El entendimiento ciego
Pedía con mil enojos
A las fuentes de los ojos
Agua que templara el fuego.

Como al crepúsculo frío
Del alba, entre luces rojas,
Abre una rosa las hojas
Para beber el rocío,
Estaba aquel dueño mío,
Aquella divina fiera,
Tan hermosa, que pudiera
Adoralla como al sol,

A ser indio, el español
Que entonces sus rayos viera.

Cuando Dios no fabricara
Púrpura y cristal de roca,
Naturaleza en su boca
Cristal y púrpura hallara:
Y cuando el sol no formara,
Se viera en sus bellos ojos;
Y á no haber claveles rojos,
Allí los vieran los cielos,
Y cuando no hubiera celos,
Se hallaran en mis enojos.

Levantóse del estrado,
Y la Condesa con ella,
Llegó el desposado á ella
Más dichoso que turbado,
Y con el padrino al lado.
La sala se suspendió.
Luego el padrino llegó,
Y tomándoles las manos. . . .
— ¡Cómo, cielos soberanos,
Vivo yo, si lo ví yo!

Preguntó á Tello (¡ay de mí!)
Si por mujer la quería,
Dijo que sí, y yo vivía;
Que aun faltaba el otro sí.
Luego á Clara; y hasta aquí,
Como si en la horea fuera,
Mi loca esperanza espera;
Pero en oyendo mi daño,
El verdugo desengaño
Me arrojó de la escalera.

Yo no sé cómo viví,
Pero ¿quién habrá que crea
Que me pareciese fea
Al tiempo que dijo sí?
Mas por dicha no entendí

La causa que pudo haber.
Hermosa debió de ser,
Porque son todas las cosas,
Nuño, mucho más hermosas
Cuando se quieren perder.

Mira tú ¡qué pensamiento
El de una loca afición!
Que tuve imaginación
De poner impedimento.
Pero en este necio intento
La bendición les llegó,
Y Tello á Clara llevó
Donde con otras señoras
Sentados, culpan las horas
Que estoy dilatando yo.

Pero ya las dos serán
Y siento que se levantan;
Que ya ni danzan ni cantan,
Antes pienso que se van.
¡Ay Dios! la muerte me dan
Con ver acortar los plazos
De sus regalos y abrazos;
Que si una mano que dió
Clara á Tello me mató,
¡Qué haré si le da los brazos?

Nuño, que representa la parte realista del cuadro, procura consolar á su amo con observaciones y chistes vulgares en completa disonancia con el desesperado galán, lo cual despierta la hilaridad del espectador. Este artificio, por lo demás, corresponde al sistema de Lope, que lo mismo que Shakespeare, inspirado en lo que pasa comunmente en el curso de la vida, gusta de esos contrastes de luz y sombra, que á riesgo de comprometer una situación, le co-

munican cierto sabor de amarga ironía que fija con más viveza el carácter moral de cada personaje.

Macías no es un amante tímido y encogido que se contentase con tributar silenciosa adoración al objeto de su culto. Su ardiente naturaleza, su genio impetuoso le impelen á expansiones, que por otra parte no creía reprecensibles. ¿Qué más podía hacer? El había prometido respetar á Clara, y estaba resuelto á cumplir su juramento; pero había prometido también amarla con toda su alma, consagrarle todos sus pensamientos, hacer de ella la única musa inspiradora de sus cantos; en cambio no exigía más que una mirada de compasión, un recuerdo de ternura que pagara su noble sacrificio. Creía de buena fe que con esto no ofendía á nadie; que el dichoso cónyuge no tenía razón para sentirse lastimado en sus derechos maritales, y que le era lícito, en consecuencia, dar libre rienda á un sentimiento purísimo, cuya base era el respeto, la abnegación sublime del que ama por amar, sin ninguna esperanza de recompensa. Pero ¿sería esto posible? ¿Podría prolongarse indefinidamente una pasión alimentada de sí misma, cuando tenía delante el delicioso imán de sus aspiraciones, cuando los favores con que se hubiera soñado feliz eran concedidos sin reserva á un rival dichoso? La respuesta no es difícil. Macías se había colocado en una pendiente en extremo resbaladiza, de que tarde ó temprano tendría que precipitarse al abismo. Obtenido el primer favor, presto vendría la exigencia de otro y otro hasta llegar á un punto en

que el desenlace tenía que ser una verdadera catástrofe.

Pero hay más: por honestos, por puros y desinteresados que fueran los propósitos de Macías, y de seguro que así lo juzgaba él mismo en los primeros momentos, su situación era insostenible; todos conocían el estado de su corazón; el Rey, el Maestre, y sobre todo, el más directamente interesado, Tello, sabían la violenta pasión que dominaba al desdichado doncel, y ni la decencia, ni el decoro público podían consentir homenajes que implicaban ofensa grave al delicado honor de un caballero. En efecto, cansado Tello de las imprudentes manifestaciones de Macías, expone sus quejas al Maestre para que ponga remedio, sin que en esa admirable escena aparezca una sola palabra que desdiga del carácter noble y severo del ofendido esposo.

MAESTRE.

Aquí me puedes hablar.

TELLO.

Señor, Dios sabe que tengo
Vergüenza, mas ya que vengo
A hablar con tanto pesar,
Yo sé que le has de tener.
Está cierto que me obliga
Justa causa á que te diga
Que siendo ya mi mujer
Clara, no es justa razón
Que me la sirva hombre humano.
Antes de darla la mano,

Macías tuviera acción
 De pretenderla; mas ya
 ¿Qué es lo que intenta Macías,
 Que con tan necias porfias
 En el mismo error está?
 Que si bien cualquier error
 Por amor disculpa ha sido,
 No la dieron al marido,
 Sino al que tiene el amor.
 Bien sé que Clara es hourada,
 Bien conozco su virtud;
 Mas una necia inquietud
 Y voluntad porfiada,
 Un siempre constante amor
 Que en los ojos muestra el pecho,
 A muchas buenas ha hecho
 Dejar de serlo, Señor.
 ¿Quién se puede prometer
 Vivir honrado y seguro?
 ¿Cercó Dios de foso y muro
 Los ojos de una mujer?
 ¿Qué guardas puso en su pecho
 Para que pueda el honor
 Vivir del ajeno amor
 Agraviado y satisfecho?
 ¿Es la voluntad por dicha
 Diamante ó vidrio por quien,
 En quien le guarda más bien
 Puede entrar cualquier desdicha?
 ¿Tengo yo de estar sin miedo
 Mientras se desvela aquel,
 Y no puedo guardar dél
 El alma que ver no puedo?
 ¿Qué sé yo si vendrá día
 En que á Clara desvanezca
 Su hermosura y la enternezca
 De un loco amor la porfia;

Y atropellando la honra,
 Pueda comenzar á amar
 De lástima, y acabar
 Su lástima en mi deshonra?
 Fuera desto ¿es bien, Señor,
 Que se atreva un hombre así,
 Fiado en el Rey y en ti,
 A querer manchar mi honor?
 ¿Es bien que en Córdoba canten
 Los niños claras canciones
 De Clara, que á los varones
 De prudencia y honra espanten?
 ¿Es bien que esto se prosiga
 Después de casado yo?

MAESTRE.

No por cierto, Tello, no,
 Ni que de Clara se diga
 Que pudo dar ocasión
 A desatinos tan grandes.

TELLO.

Como tú, Señor, le mandes
 Que deje la pretensión,
 Sin decir que yo lo sé,
 Yo sé que la dejará;
 Porque si ocasión me da. . . .

MAESTRE.

Cuando él ocasión te dé,
 Castigaré su locura;
 Pero no tengas temor.

TELLO.

Bien sabes tú que el honor
 No ha de estar en aventura,
 Ni es razón que un hidalgo